

## TIEMPO DE DICTADORES

Santos Juliá

*Babelia*, 29 de octubre de 1994

Alan Bullock. *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*. Barcelona, Plaza & Janés y Círculo de Lectores, 1994. Trad. de Pedro Gálvez. 2 vols. 1.709 págs.

En la noche del 8 de diciembre de 1932, Nadezhda Alliluyeva, tras un fuerte altercado con su marido, se retiró a su habitación y se pegó un tiro. Un año antes, en septiembre de 1931, Geli Graubal, harta de los celos y del espíritu posesivo de su tío y amante, se había quitado también la vida por el mismo método, como haría años después, en circunstancias y por procedimientos muy diferentes, Eva Braün. El marido de Nadezhda era Stalin; el amante de Geli y de Eva se llamaba Hitler: vidas paralelas.

Hace ya cuarenta años, Alan Bullock publicó una de las grandes biografías del segundo de ellos. Favorecido por la rapidísima disponibilidad de la enorme masa documental de los archivos alemanes y con el propósito de entender una época a través de su más representativo personaje, Bullock se adentró en el estudio de la tiranía buceando en la personalidad de un tirano. Resultado de aquellas fuentes y de ese punto de vista fue su monumental *Hitler, a study in tyranny*, una obra fundamental en la amplia bibliografía sobre el Führer alemán.

Bullock recupera ahora su primera mirada aunque amplía el campo de visión por medio de la sistemática comparación de Hitler con Stalin. De nuevo, lo que le interesa no es el totalitarismo, sino dos totalitarios; no es el estudio comparado de dos sistemas de poder, el nazismo y el comunismo, sino la confrontación paso a paso del curso de dos vidas consagradas al poder. Alejado, y crítico, de los empeños de construir un concepto o un modelo teórico de totalitarismo, lo que nos ofrece no es el análisis de la tiranía, sino las vidas, paralelas según el subtítulo del libro, pero cruzadas en el desarrollo de la obra, de dos tiranos.

Para su nueva empresa, Bullock se sirve de la misma plantilla de su primer libro, con una disposición del material muy similar, dividiéndolo en casi idénticas etapas cronológicas, con el añadido, por el comienzo y por el final, de los años en que Stalin precedió y sobrevivió a Hitler. Con la prosa sencilla y repleta de sugerencias que caracteriza a la mejor biografía política británica, sin dejarse llevar de explicaciones psicologistas pero sin ignorar la importancia de la personalidad en la configuración de procesos históricos, Bullock recorre sus infancias en tierras marginales de dos imperios, sus juventudes solitarias, sin claros horizontes, sus comienzos políticos, sus carreras hacia el poder en el interior de un partido que a uno le vino dado y que el otro tuvo que construir, la liquidación de sus oponentes o su completa sumisión, la conquista de todo el poder en la Unión Soviética y en Alemania.

En este punto, llegados a 1934, en la cima del poder absoluto de sus biografiados, Bullock procede a la comparación de sus diferentes

personalidades. Es el momento de penetrar el ánimo de los dos tiranos y de percibir en ellos, como diría Saavedra Fajardo, "las ronchas y cardenales de sus pasiones". Saavedra había escrito que en el pecho del tirano "se levantan tempestades furiosas de afectos, con las cuales, perturbada y ofuscada la razón, desconoce la verdad y aprehende las cosas, no como son, sino como se las propone su pasión". El diagnóstico vale, por encima del tiempo, para Hitler y Stalin, que Bullock presenta como personalidades con tendencias paranoicas, con su recelo crónico, su ensimismamiento, sus celos, su hipersensibilidad, su megalomanía, proyectando las emociones personales sobre los objetos públicos. El resultado, dada su posición de poder, una catástrofe sin parangón en la historia humana.

Porque a partir del momento en que sus vidas se cruzan, el marco de las luchas por el poder pasa a ser Europa entera. El estudio de la política interior alemana y soviética que ha acompañado hasta aquí la ascensión de Hitler y Stalin y el despliegue de sus personalidades paranoicas hacia dentro de sus respectivos Estados, se amplía desde 1934 con la entrada de protagonistas procedentes de toda Europa. Las vidas ya no podrán ser tan paralelas: Hitler y Stalin, cabezas de proyectos de dominación absoluta, llegarán a estrechar sus manos, por personas interpuestas, en el pacto germano-soviético de agosto de 1939 que abrió a Alemania la gran avenida para invadir Polonia.

Y es ahora cuando aparece con mayor claridad el propósito que anima la obra de Bullock. Sin duda, estas vidas paralelas y cruzadas se justifican por sí mismas, por la enseñanza que se desprende de la comparación de dos personalidades cruciales de nuestro siglo. Pero al elegir a esos dos tiranos, y no a otros, la mirada de Bullock excede lo biográfico para desbordarse sobre las grandes luchas de nuestro siglo. Hitler y Stalin pusieron en pie no ya máquinas de poder nacional sino sistemas expansivos de dominación universal. Las biografías se convierten entonces en política de la más dura especie, esto es, en dos empresas de poder, de redistribución de territorios, de dominación y sometimiento de pueblos enteros. La insistencia en la destrucción de sus respectivos pueblos, las estadísticas de muertos provocados por el nazismo y por el comunismo, la hecatombe que fue para Alemania y para la Unión Soviética la Segunda Guerra Mundial acaban por sugerir que la guerra de verdad fue la que enfrentó al nazismo con el comunismo.

La Segunda Guerra vendría a ser así, por lo que a Europa se refiere, una guerra por la redistribución de esa zona situada entre la frontera oriental de Alemania y la frontera occidental de Rusia. Mientras Alemania se expande hacia el Este, Gran Bretaña y Francia se muestran complacientes con Hitler, a quien pretenden apaciguar cediéndole todo lo que exige; cuando es el turno de Rusia y de una expansión hacia el Oeste que habría dejado estupefactos - como recordaba Aron- a británicos y franceses del siglo XIX, Gran Bretaña y Estados Unidos quedan reducidos al papel de débiles, impotentes o ingenuos testigos.

El argumento político que va trenzando estas dos vidas es que en el uso simultáneo de fuerza y diplomacia las tiranías alcanzan mejores resultados que las democracias. El pacto germano-soviético de 1939 significó la desaparición de Centroeuropa, primero bajo los tanques alemanes, luego engullida por los rusos. La guerra de Europa, iniciada en 1914 y no cerrada hasta 1989, la guerra de verdad, no la aparente, por niveles de destrucción, por número de

muertos, por expansión y dominio territorial, por su evolución -los alemanes en las puertas de Moscú- y por su resultado -los rusos en el corazón de Berlín- fue, en sustancia, una guerra entre Alemania y Rusia: tal es la polémica tesis final de esta fascinante comparación de dos tiranos.